



Agradecimientos:

En primer lugar a todos aquellos que me han apoyado en la realización de este libro. En especial a mi leal y tierna madre, que siempre ha creído en mí. A mi padre por todos esos momentos compartidos y su insistencia para leer este libro, que espero le agrade. A mi hermana Silvia por ser tan especial y maravillosa. A toda mi familia por darme ese apoyo y cariño.

Mi eterna gratitud y cariño a Manuela, Pepe y Cristóbal, porque han creído en mí en todo momento y me han empujado hasta el final. Sin ellos no hubiese sido posible.

A mi pareja Daniel, por su amor incondicional, y por luchar conmigo hasta el final.

A mis amigos: Maite, Gema, Trini, Sonia, Luisa, Miguel Ángel, Rafa, Lucía, María del Mar, Laura, Pedro, Manuel, Nacho, Anthony, Conso, Elena, Lola, Verónica, por haberme acompañado en este bonito viaje, por su apoyo y amistad. Sois los mejores amigos que he tenido nunca.

También quiero homenajear a Consuelo y Rafael, porque desde el primer momento que los conocí me dieron cariño y confianza.

A Miguel y Rosa por sus consejos y estar ahí cuando los he necesitado. Gracias por ser como sois.

A Juani, que le debo la promesa de este libro.

Y sobre todo a mis abuelos, que me han hecho descubrir las cosas bellas de este mundo. Os llevo siempre en mi corazón.

Me llamo Nicolás, tengo quince años y quiero ser cartero. Me satisface ver cómo se alegran los ancianos cuando reciben cartas de sus familiares. Se me ilumina la cara cuando llega una carta a casa, pienso que puede ser de mi madre, pero termina siendo la de la agencia de seguros, porque mi padre debe otro mes. Las facturas son dientes de papel que nos quitan las ilusiones de vivir. Mi padre desprende un olor a cerveza y tabaco, y se pasa la mayor parte del tiempo dándonos collejas, a mí principalmente, porque soy el que más lata da. Él dice que somos como el café, con un toque de canela y azúcar. A Jonás le hace reír, él es, en todo caso, leche manchada, porque su piel tiene lunares. Jonás es mi hermano mayor, su hobby favorito es mirar bragas de las chicas que llevan falda. Él tiene el cielo dentro de los ojos y no entiendo cómo las chicas le abofetean. Yo en cambio tengo la cabeza muy gorda y una panza que cogerían en ella dos cocodrilos.

A Yumul le encanta el chocolate negro, es su merienda de cada día. Algunas tardes le acompaño, y caigo en la tentación de compartir a su lado tabletas de chocolate. Yumul es nuestro vecino y tiene la piel como el cuero negro. Es amigo de mi padre, con frecuencia pasan la tarde frente al ordenador mirando videos de tías en pelotas, carreras de motos y de fenómenos de la naturaleza.

La cabeza de Yumul me recuerda a un desierto, tiene muchos puntos de pelo rizado que parecen lunares. Cuando crezca quiero ser como él: fuerte, resistente e ir con la sonrisa a todas partes. Él valora mi decisión de ser cartero porque asegura que es valiente entregar cartas a toda la ciudad. Es fácil, todos los buzones son iguales, están hechos para eso. Yo desearía poder entregarle una carta bien escrita y bonita a Lorena, pero tengo la letra torcida como un niño de dos años. Siempre termino manchándome la palma de la mano con tinta, debe ser porque también estoy hecho para eso.

Vivimos en un barrio pequeño y humilde de Barcelona. Quienes vivimos aquí sabemos lo que cuesta ganar un puñado de billetes y lo caros que salen los sueños a veces. Según una encuesta, hay aproximadamente unos ciento veinte seis mil habitantes

residiendo en Barcelona. No la he llegado a ver entera, pero cuando Teodoro me llevó en moto al Montjuic, la encontré inmensa. De Barcelona se dice que es bruja, cuando la conoces se te mete en el corazón, es difícil olvidarla. Lo que me enamora de esta ciudad es cuando se empapa en los días del invierno. El olor a tierra mojada, ese tono gris, y cuando hay niebla parece el aliento de un tren fantasma.

Mi calle es como la cintura de una barbie, tiene edificios donde predominan balcones llenos de flores, margaritas y no sé cuantas plantas más. Las esquinas llenas de gatos y basura, alguna tienda y un bar. Mi padre, mi hermano Jonás y yo vivimos solos y algo tristes, en un segundo piso.

En el primero vive una anciana llamada Uría, pálida y silenciosa. En el tercero vive Yumul. En el cuarto un hombre muy raro que tiene un bigote parecido a una aguja de reloj. Jonás lo llama: *El Quijote de la cuarta*.

Desde mi balcón puede verse el Tibidabo. Imagino que soy un caballero guapo y musculoso que cabalga bajo una luna brillante en busca de los labios de Lorena. La sonrisa de Lorena me hace cosquillas en todo el cuerpo. Sueño que atrapo el lacito rojo que lleva siempre en el pelo, que se le desata y cae cada vez que pasa la tarde entera en la calle.

Si vierais a Lorena comprenderíais porque soy un tonto cuando la veo acercarse cruzando la calle. Tiene la cara como una de esas muñecas de porcelana la “Mariquita Pérez”, la piel suave y unas mejillas infladas y coloradas. Los ojos como un gato, verdes y rajados, y una boca que parece pedir que la besen. Lorena también vive soñando, desea ser una chica normal con vestidos preciosos. Según me cuenta, todas las noches besa en los labios a Brad Pitt en el póster que tiene detrás de la puerta de su habitación. Ella sufre cuando la dejan olvidada en los escalones de algún portal, en los asientos del autobús, en la lista de cumpleaños o en las fotos. ¿Cómo no pueden darse cuenta de lo guapa que es?

Lorena tiene un hueso más corto que el otro, debe de llevar un aparato externo en la pierna para alargárselo. Aunque intenta alzar la cabeza sin importarle que algún idiota vaya a reírse de ella, sé que no le agrada llevar ese aparato. Pero Lorena tiene valores que otros no tienen, hay algo en ella que atrae.

Todas las tardes, Jaime y yo imaginamos ser adultos. Yo soy un rico propietario de hoteles mientras que Jaime es un funcionario que tiene hermosas mujeres a su disposición. Llevo una corbata mal puesta de color rojo chillón con lunares amarillos, la misma que llevaba mi padre para espantar a su suegra. Jaime lleva una corbata morada con líneas verdes. Así somos nosotros, no nos importa llamar la atención. Quedamos siempre a la misma hora en la entrada del parque de la *Ciutadella*. Quién llega antes gana un cromó del Barca, ese es nuestro trato. Hace sol, las ancianas llevan los bolsos bien agarrados en los brazos, las chicas caminan moviendo tanto el culo que parece que se les va a salir.

Jaime salta de un lado a otro y se esconde entre los árboles, a veces está tan contento que me pregunto cómo lo consigue. Observo a niños cogidos de la mano de sus madres y descubro que algo no va bien, un dolor me punza dentro. Mi madre nos abandonó hace un año.

Mi padre entra en casa, otra vez le apesta el aliento pero tiene un brillo gracioso en los ojos. Cuando está así merece la pena fingir que no ha pasado nada. Jonás le da un codazo en el hombro y le grita *¡Eh viejo, un día te nos vas a ir y no quiero tener que ir al cementerio!* Es un poco bruto pero tiene un corazón muy grande, creedme. Recuerdo que un día me dejé el paraguas en casa, hacia viento, y Jonás estuvo una hora buscándome por los alrededores hasta que me encontró bajo un árbol, en el parque Güell. Se protegía con un puñado de revistas de tías en pelotas y calzaba las zapatillas que suele usar cuando está en casa. Al verme temblando de frío, me abrazó enfadado y dijo: *“Cuando decidas irte de casa vete a los servicios del metro, entonces te vas a enterar de lo que es echar de menos estar en tu hogar”*. Nos cubrimos como pudimos para no mojarnos y seguimos corriendo.

Un día tenía muchas ganas de comer hamburguesas del McDonald, y Jonás y yo, a pesar de que no teníamos dinero, caminamos siete kilómetros. En la puerta de la misma hamburguesería, se sentó y fingió que yo, su pobre e indefenso hermanito, llevaba días sin comer. Llenaron su gorra con cinco euros y pudimos disfrutar de dos hamburguesas. En casa apenas entran *los dineros*, mi padre llega cansado la mayor parte del tiempo. Es conductor de autobús. Una vez dijo que conocía más las calles de Cataluña que a sus propios hijos.

Jonás intenta alzarme en brazos, para él es un buen ejercicio físico. Gracias a mí, sus músculos están bien desarrollados. A cambio de mi generosidad me deja jugar a la videoconsola. Cuando camino, imagino tener mucho dinero, un gran armario lleno de ropa y ser muy atractivo. Sueño con Lorena a mi lado, su pierna recta y curada, diciéndome que soy el chico más guapo que conoce. Sueño a la ciudad libre de ladrones, y a mi padre, Jonás y yo viviendo en un piso con calefacción y suelo de parquet.

II

Hoy es veinticinco de julio, Jaime y yo recorremos los lugares que tienen ese número. Nos da suerte porque fue un veinticinco, cuando Jaime se encontró un billete de veinte euros pegado en la suela de su zapatilla, y fue otro veinticinco cuando Lorena me miró por primera vez y sonrió. Fue también un veinticinco cuando una empresa llamó a Jonás para trabajar y gracias a eso pudimos llenar un poco más el frigorífico. Veinticinco fueron las veces que creí que mi madre llamaría por teléfono. Veinticinco fueron los latidos de mi padre un día y de golpe se duplicaron por muchísimos veinticinco más, nos asustamos mucho pero no le pasó nada. Veinticinco fueron los pasos que di hacia un anciano que no pudo cruzar la calle y le ayudé a hacerlo, me dio de propina tres euros, con eso pude disfrutar de un helado. Jaime dice que veinticinco tiene la forma de dos cisnes enfadados y parece ser que la ciudad también lo está con un cielo que parece un colchón sucio y grueso. Recorremos las Ramblas y observamos los rostros de las personas. Algunas dan miedo, otras no dicen nada, otras parecen monedas oxidadas. Jaime toca la mía y se burla diciendo que parezco un bombón deshidratado. Toco la suya y me vengo diciéndole que tiene la piel como una serpiente. A veces Jaime y yo nos peleamos pero siempre acabamos riendo, y nos estrechamos la mano en señal de paz.

Hoy al ser veinticinco, Teodoro me recoge en moto. Suele venir en ocasiones para enseñarnos lo que ha encontrado en los contenedores o en algún callejón. Es así de raro. Tiene las cejas espesas y grises, lleva unas gafas de pasta gruesa con cristales grandes y redondos, hay ocasiones en que tienen manchitas secas. Es escritor, y es difícil contar con él cuando hay un problema, porque siempre está metido en su casa, rodeado de papeles. Quiere que le llame “Teo” pero siempre lo llamo por su nombre real. Jaime decide seguir recorriendo calles que le recuerden a cisnes enfadados.

La espalda de Teodoro parece una tabla de planchar, esta dura y erguida. Apoyo las manos en su cintura mientras el aire nos golpea la cara. No sé cuánto hace que tiene esta moto que huele a quemado, pero rezo para no morir. Teodoro decide ir al Parque Güell, porque como hoy es uno de esos días que amagan lluvia, él asegura que es ideal para inspirarse y escribir su próximo relato.

El Parque Güell es una de esas maravillas que tiene Barcelona. No es un parque cualquiera, es como una selva que te invita a inventar historias en ella. Lo hace especial la forma que tiene: columnas que parecen estalactitas, paseos inundados de vegetación, un dragón de cerámica que parece cobrar vida en cualquier momento, la torre coronada por una cruz, que se vuelve más bonita cuando el sol se proyecta en ella.

Teodoro baja de la moto como si le doliese todo el cuerpo. Grita: *¡Eh voy a echar una ojeada, ve donde te dé la gana pero en diez minutos te quiero aquí!* Le respondo como un niño bueno y en vez de diez minutos hago que sean veinticinco. Camino por la sala de columnas donde hay un mendigo tocando una flauta gigantesca de madera. Después me dirijo en dirección a la montaña, me pierdo entre la espesura de la vegetación, el aire fresco mece las hojas. Por aquí apenas transita gente, es un sendero estrecho donde solo hay árboles. Me agrada oír crujir las ramas debajo de mis zapatillas. Veinticinco son los pasos que doy y encuentro algo extraño bajo un árbol, un trozo de tierra que sobresale. Me agacho y procuro no ensuciarme las rodillas. Me lleno las uñas de barro, excavo y encuentro una cajita de madera, no es grande, tampoco pequeña. Es lo bastante adecuada para que quepa entre mis manos. Limpio la tierra húmeda que la cubre, la sacudo y oigo un ligero sonido dentro. Está cerrada con un candado. Decido llevármela, es demasiado bonita para estar enterrada en un agujero triste y sucio. Teodoro me espera en la entrada del parque con los brazos cruzados. Odia las esperas, sin embargo, siento que ha merecido la pena. Pregunto qué llevo entre las manos pero no puedo hablar, es una de esas veces en las que no sabes qué decir.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

